

LA ESCENOGRAFÍA DEL AGUA: VIAJE A TRAVÉS DE LOS PAISAJES FLUVIALES MALAGUEÑOS¹

Dr. José A. Castillo Rodríguez. Geógrafo.

Introducción.

Todo río está atribuido de belleza. El agua, que es prístino elemento y soporte de vida, contiene en sí misma todos los argumentos sensoriales para la contemplación serena, en su quietud, y para la musicalidad que aporta su devenir. Pero ese soporte de vida es además condicionante de las riberas, También actúa la corriente sobre el entorno de la montaña y el llano por el que transcurre, a partir de su dinámica de millones de años, en generosas resurgencias, alegres cascadas, estrictos desfiladeros, dulces remansos y amables terrazas, hasta acabar sus días en la mar, que es su muerte y su resurrección.

Porque al cabo, esa imperecedera metáfora que contemplamos y sentimos junto a un río deviene en paradigma propio, como intuyera Borges citando al filósofo de Éfeso:

Somos el río que invocaste, Heráclito; somos el tiempo.

1.- La Cuenca del Guadiaro: por el Guadiaro, Genal y Hozgarganta.

La Serranía de Ronda constituye en su conjunto un gran reservorio de aguas y un extraordinario nudo hidrográfico. La permeabilidad de los substratos carbonatados (Conjunto Dorsaliano y serranías del Subbético Interno), en contacto con las rocas cristalinas impermeables de los mantos metamórficos, y una pluviosidad casi siempre por encima de los 1000 mm (ombroclimas húmedo e hiperhúmedo), generan notables corrientes que se inscriben en tres amplios valles meridanos determinados por el sentido NE-SW general de esta montaña.

La más importante es la del río **Guadiaro**², consecuencia de la unión de numerosos aportes, el más notable del **Guadalevín**, que nace de las Sierras Hidalga y de las Nieves a partir de una serie de arroyos, como el de la Fuenfría, que secciona las altiplanicies a sotavento del Puerto del Robledal, bajando en calma por la Nava de San Luis y su encinar entreverado de jóvenes pinsapos, y al fin, por el piedemonte serrano cubierto de encinas y majuelos. El río se amansa ya cerca de Ronda, regando junto a sus frondosas choperas numerosas huertas, antes de atacar las molasas de la meseta rondeña para crear el espectacular “Tajo” que parte en dos a la bella ciudad. Aquí repta con su agua

¹ Es evidente que, dado el propósito y extensión de este trabajo, nos ha resultado imposible narrar la totalidad de los paisajes de nuestros ríos. En general, nos hemos guiado siempre por un baremo, más o menos subjetivo, de calidad ambiental, y también por la intención de mostrar los usos humanos, como el regadío tradicional, que han generado paisajes y acrecentado la biodiversidad. Igualmente, hemos intentado relatar las emociones e impresiones de algunos hitos, como arboledas, fuentes, rasgos de singularidad geológica, que hemos considerado esenciales.

² Tal vez *flumen Aureus*, y de ahí *Wadi Arus*. Su cuenca supera los 1.500 Km², y su módulo, en el curso medio, de 13m³/s. El Genal le aporta casi 3m³/s, aguas abajo, el Hozgarganta algo menos.

profunda y somera, saltando entre las piedras y dando sentido al gigantesco puente del ingeniero Aldehuela, una colosal traslación de la piedra pura hacia el vacío, pues la obra, ideada a través del paisaje, no hace sino continuar aquella desmesurada arquitectura, por unir la dualidad de los ciudades: la vieja Arunda encastillada en su acrópolis de nobleza, y la ciudad nueva y burguesa de horizontes diáfanos.

El Guadalevín³, luego de salir de sus sombras hendidas, atraviesa la depresión rondeña con un trayecto jalonado de choperas y sauces (*Populus nigra*, *Salix Pedicellata*) que lo llevará hasta el **Guadalcovacín**, nacido en los taludes de la Sierra de las Salinas, y alimentado por el arroyo de la Ventilla. El pequeño valle que genera esta corriente secciona las molasas de Arriate, dando lugar a un espacio encajado y recóndito, con un espectacular bosque de ribera con sauces, fresnos (*Fraxinus angustifolia*), chopos y quejigos (*Quercus broteoi*), junto con una maraña de higrofitos y lianoides. La unión de ambos ríos se realiza en la Indiana, y a partir de aquí el ya Guadiaro prosigue su andadura flanqueado por las sierras del complejo de Líbar, a la derecha, y los violentos perfiles de las canchas de la Dorsal. Tierra de huertos y laderas con sembradío y olivar, a estos cultivos se une en nuestros días el viñedo que trepa por las colinas adyacentes a las serrezuelas cercanas, recuerdo del esplendor del pasado (no en vano la ceca de Acinipo amonedó con el símbolo del racimo), mientras un potente encinar se enseñoera del paisaje y trepa por taludes y lapiaces hasta los riscos a poniente.

A partir de aquí el cauce del río puede seguirse fielmente siguiendo el trazado del ferrocarril Ronda-Algeciras, ceñido a sus riberas, hasta alcanzar las grandes surgencias que regulan el caudal: la del **Gaduares**, una corriente hipogea que forma la famosa Cueva del Gato, con más de 740 l/s de aportación media, y la de Benaoján, una apoteosis hídrica que mana 880 l/s, muy cerca del Molino de Santo. En realidad, las numerosas y bien nutridas fuentes a la derecha del cauce se pertrechan a partir de los *poljes* y depresiones de las calizas que, a modo de embudos, esconden en simas las aguas a partir de los frecuentes *ponors*⁴. Tal es el caso del gran espacio longitudinal comprendido entre las dos alineaciones de la Sierra de Líbar, una gran depresión de 14 km de longitud, a más de mil metros de altura, denominada *Los Llanos*, en cuyos rebordes crecen interesantes formaciones de quejigos (*Quercus faginea*, var. *Alpestris*).

A partir de estas resurgencias el río avanza ya con su abundancia de aguas verdes bajo un intrincado bosque de sauces (*Salix pedicellata*, *Salix purpurea*), chopos (*Populus nigra*) y quejigos (*Quercus broteroi*), alcanzando el paraje de Las Angosturas: las sierras se hacen patentes con taludes muy pronunciados, dando lugar a un desfiladero, flanqueado por Líbar al oeste, y Castillejos-Conio al este. Las profundas barranqueras muestran a poniente un aulagar con palmitos (*Chamaerops humilis*), con acebuches (*Olea europea*) y retamas (*Retama sphaerocarpa*), y algunas encinas (*Quercus rotundifolia*) sobre los suelos más desarrollados, y a levante, sobre las capas rojas, un retamar con encinas adaptadas a las difíciles condiciones de este roquedo.

³ *Wadi Labban* o Río de la Leche.

⁴ *Polje* y *ponor*: geoformas calcáreas. El primero consiste en una depresión con los rebordes acusados, tapizada generalmente de *terra rossa*, producto de la disolución del carbonato cálcico. Si se trata de una pequeña hondonada, hablamos de una *dolina*. El *ponor* es un sumidero.

Tras este episodio de agrestes perfiles y aguas inquietas, por donde también transcurría la Cañada Real, el Guadiaro penetra en la amplia vaguada de la Tierra de Cortes. Ahora el cauce se ensancha y los altos horizontes se dilatan, abriéndose a la luz. Al este se alzan los poderosos peñones jurásicos de La Dorsal, que dejan paso a un piedemonte de arcillas y margocalizas diseccionado por los frecuentes arroyos que bajan entre taludes donde no son infrecuentes, entre las dehesas de un magnífico encinar-quejigal, los mosaicos de olivar, cereal y forrajeras. Aquí se asienta el salpicón de cal limpia y secular del pueblecito de Jimera de Líbar, y junto a la corriente su recoleta estación, a modo de esos *pequeños puertos sin marina* (Neruda), con sus casitas, breves motas de claridad sobre las huertas que privilegia el río. Al frente surten las aguas del manantial de El Pilar, que da lugar en época húmeda a un espectacular *trop plein*⁵, y al sureste, entre dehesas y campos labrados, respuntan los dispersos caseríos de Fuensanta (Benadalid), Siete Pilas (Benalauría) y Salitre (Algatocín), donde la abundancia de manantiales propició el regadío de ladera. Bello paisaje el de estas faldas a levante, con numerosos y densos bosquecillos de encinas y quejigos, pegujales en mosaico, y los característicos cortijos de sierra, de vocación ganadera, aunque conocieran la era, el pequeño olivar, el huerto, incluso el molino en los pagos de Salitre.

Al suroeste, las capas rojas, que no propician precisamente el desarrollo de la arboleda, dan lugar a un paisaje menos amable. Los arroyos han herido las laderas, con entalladuras donde crece el retamar, mientras el olivar es omnipresente sobre los suelos más profundos. Arriba, Cortes se asoma al amplio valle con su caserío alargado sobre un escalón, trepando hacia los ásperos taludes de Líbar. En el fondo de valle que se ensancha hacia el sur, la Estación o Cañada del Tesoro, con las huertas que conocieron el afamado “pero de Ronda”, sustituido hoy por forrajeras y plantaciones de chopos.

La mayoría de los terrazgos de huerta acusa decadencia, con casas semiderruidas en algunos casos y el espectáculo triste de los árboles sobrevivientes atrapados por las zarzas, cuando no convertidos en trágicos tocones de lo que fue esplendor y fertilidad.

Pero el río persiste en su marcha hacia el sur flanqueado por un magnífico bosque galería en el que dominan las fresnedas (*Fraxinus angustifolia*), olmedas (*Ulmus minor*) y choperas, y aguas abajo, a levante, vive un extraordinario quejigal con ruscos, majuelos y torviscos. Sobre los arroyos de Salitre y Veranil, finalmente, el dominio de los sauces y las alegres adelfas (*Nerium oleander*).

El camino del agua puede hacerse por la izquierda, mediante una pista forestal que nos sube por unas faldas cada vez más abruptas, donde añosos quejigos se alternan con lentiscos (*Pistacia lentiscus*) casi arborescentes, acebuches (*Olea europea*) y sabinas (*Juniperus phoeniciae*, *subs. turbinata*). Dejando atrás el caserío del cortijo de la Fresneda se alcanza al fin el de Las Buitreras, que toma el nombre del cañón labrado a expensas de las margocalizas cretácicas del Cerro del Panderón.

Aquí, el río ha seccionado la bravía montaña formando una hoz estrecha y muy hendida (más de 150 m), tanto, que hay zonas donde nunca alcanzan los rayos del sol, con una piedra desnuda en lo profundo por donde el agua reptaba suavemente en el estío, o salvaje

⁵ Trop plein: gran surgencia en forma de cascada, superior al manantial principal, consecuencia de la alta saturación del material carbonático infrayacente, por lluvias muy intensas.

con las crecidas, esculpiendo en las paredes su caprichosa imaginería de formas apenas iluminadas por algún intruso rayo de luz, con el cauce esculpido en los alvéolos de las marmitas de gigante⁶. Pero las paredes de la hoz dan vida una notable vegetación rupícola, y al roquedo salvaje se aferran acebuches, pequeñas encinas, algún almez (*Celtis australis*), acantos (*Acantus mollis*), palmitos (*Chamaerops humilis*), agracejos (*Phyllirea latifolia*), polipodios (*Polypodium cambricum*) y sabinas, con higrofitos, laureles (*Laurus nobilis*), durillos (*Viburnum tinus*) y abigarradas hiedras (*Hedera hélix*). Declarada Monumento Natural, constituye una de las hoces más salvajes, agostas y oscuras, y con mayor biodiversidad, de la Península Ibérica.

Tras este episodio, el Guadiaro abre su valle de nuevo y acrecienta su caudal con el manantial del Charco del Moro, una resurgencia a partir de las aguas sumidas desde los poljes de Libar. Bajando lento hacia una profunda llanada, en tierras del Colmenar, el río enriquece las huertas que se continúan por las tierras gaditanas hasta su desembocadura, flanqueado por las formaciones del alcornocal-quejigal (*Teucrio baetici Querceto suberis-Quercetoso canariensis*), en los límites de Los Alcornocales, desde donde se le agrega, ya en tierras de Jimena de la Frontera, el **Hozgarganta**.

Aunque su origen sea discutido, lo más probable es que las fuentes principales de este río se sitúen al pie de la Sierra del Aljibe, sobre el flysch de areniscas de La Saucedá, conformándose a partir de pequeñas cañadas a las que se unirán luego las aguas de la de Pasada Llana. Desde la carretera Cortes-Jimena, el viajero puede hoy acceder cómodamente a la sorprendente Saucedá, con sus ocultos bosques de venerables quejigos y grandes alcornoques, con su robledal (*Quercus pyrenaica*) en las alturas, y los casi sagrados espacios del agua en cañadas y arroyuelos, que se repiten en todos los tributarios del río, y aún en las márgenes más umbrías de la corriente principal. Los lugareños llaman a estas hendiduras labradas en la arenisca “canutos”, y en ellos hallaremos una espectacular flora lauroide, vestigio de los antiguos bosques que poblaron estas serranías. Porque bajo el esplendor infinito del alcornocal y el quejigal, junto a las ocultas aguas donde florece ese maravilloso y relíctico bosque transido de sol y de agua, de vientos y nieblas y lunas, hurtado casi a la contemplación y al abuso, hay un lugar donde la sombra alienta su más preciada joya: el ojaranzal del rododendro (*Rhododendron ponticum*), “la flor de la niebla”, que reina sobre aquel mundo de alisos (*Alnus glutinosa*), chopos, brezales (*Erica ciliaris*), acebos (*Ilex aquifolium*), helechales (*Pteridium aquilinum*, *Athirium filix-foemina*), y matorrales y trepadoras como el tamo (*Tamus comunis*), las loníceras (*Lonicera etrusca*) y los durillos (*Viburnum tinus*), zarzas (*Rubus ulmifolius*), hiedras...

Es el Hozgarganta el río que da forma y vida al más conspicuo y limpio espacio de aquel Parque Natural, apenas humanizado a no ser en su tramo más bajo, una corriente que, junto a sus tributarios, modela un paisaje caprichoso de rocas que sobresalen enhiestas con los típicos resaltes del relieve en cuesta⁷, sobre un denso bosque que no

⁶ Se trata, como su nombre evoca, de pozas y concavidades, más o menos redondeadas, producto de la erosión sobre el roquedo del cauce.

⁷ En los relieves tabulares sedimentarios, los estratos cristalinos, en este caso las areniscas, dan lugar a una típica geomorfología de resaltes más o menos inclinados, una vez erosionados los estratos blandos.

parece cesar nunca. En aquellas soledades, en tiempos “montaña refugio”, la inocencia del mundo, tal como fue concebido, se hace patente a partir de las arboledas sin fin, de las sugestivas rocas, de las aguas que bajan raudas así que los Ábregos y los Levantes depositen la lluvia sobre los alcornoques y el brezal. Un mundo solitario y sombrío donde aún es posible la belleza de la montaña pura, que se abre luego casi de repente, cuando el río abandone sus geoformas de profundidad y sombra, para alcanzar por fin los amplios horizontes que se adivinan en los aledaños del Campo de Gibraltar.

Sin embargo, el afluente más importante del Guadiaro es el **Genal**. Su valle se inscribe dentro de un caótico laberinto de sierras y lomas, producto de la compleja litología que atraviesa: al norte las formaciones carbonatadas de las sierras de las Nieves y del Oreganal, donde se abren sus fuentes, al oeste los riscos de las capas cretácicas y la Dorsal Jurásica, al este y al sur la gran alineación de rocas intrusivas que forman Sierra Bermeja, además de los manchones del flysch de areniscas terciarias. Pero además, bajo estas sierras y en sus contactos, se han instalado los mantos metamórficos de filitas, cuarcitas, gneises y esquistos, que es el lugar donde se halla el poblamiento: lejos de las soledades del Hozgarganta, la Cuenca del Genal presenta un territorio humanizado, con quince pueblecitos a media ladera, herencia de una colonización beréber (siglo VIII) que nos habla en cada caserío con los eufónicos nombres de sus linajes.

Si el Valle del Hozgarganta es hogar del bosque de quercíneas y el del Guadiaro de dehesas, tierras de labor y regadíos, el Genal presenta un paisaje dual de especies ombrófilas (el quejigal, fundamentalmente) en las umbrías, y heliófilas (el alcornocal, acebuchal y encinar) en las solanas, circunstancias a las que se adapta igualmente la arboleda introducida, castaños y olivos, antes vid, respectivamente, dando lugar a un discontinuo y singular paisaje en mosaico que adopta todas las tonalidades del verde.

El caso es que el río transcurre en su curso alto en dirección E-O, con una gran umbría donde se ha instalado el mayor castañar del sur de España, y una amplia solana donde es más proclive el olivar y abundan los regadíos de ladera en los travertinos y fuentes principales. A partir de aquí, la corriente gira en ángulo recto tomando la dirección meridiana, paralela al Guadiaro. Y es en este tramo medio donde los arroyos que bajan desde La Dorsal al oeste, y de Sierra Bermeja al este y sureste, esculpen pequeños valles que copian en pequeño el fenómeno anterior: solana y umbría se repiten miméticamente, y los mosaicos de cultivos arbóreos y de vegetación natural de manera análoga, dando lugar a ese singular paisaje que se citaba, sobre el que destacan los blancos caseríos, posados en los itinerarios de los viejos caminos de Gibraltar a Ronda, o bajo las surgencias que manan en los contactos de las calizas con las rocas impermeables. Los únicos episodios de verdadero y continuo bosque hay que buscarlos en las altas sierras, con encinares en vías de regeneración, y las formaciones de pinar (*Pinus pinaster*) sobre las peridotitas que, en las laderas norte del macizo de Los Reales, esconden la maravilla de un valioso rodal de *Abies pinsapo*.

Las especiales características geomorfológicas del espacio del Genal no han contribuido precisamente a su vertebración, y en lo que respecta al río la inaccesibilidad

Cuando estos resaltes se hacen muy pronunciados, se denominan *hog's back*. De ellos hay muy buenas muestras en esta cuenca.

es más que notoria. No hay poblamiento en las orillas, salvo las explotaciones de molinería y algunas huertas sobre las terrazas mejor expuestas, a causa de las pantallas de irradiación que producen las incurvaciones y la entalladura de la corriente, de modo que la vida y los cultivos se establecen siempre sobre las laderas, aprovechando la mejor exposición, y por tanto mayor termicidad, que propician la inversión térmica⁸.

El Genal nace a expensas de fuentes que surten de los acuíferos carbonatados de Las Nieves y, sobre todo, del Oreganal. La surgencia vauclusiana de Igualeja (350 l/s) es la más conocida, si bien el verdadero regulador del río es el Riachuelo de Júzcar, que se despeña en cinco cascadas desde los aledaños pueblo hasta el cauce principal. Es la “Cañada del Infierno”, un desfiladero oculto y escalonado, que aporta más de 200l/s.

Cerca de su desembocadura se hallan los restos de lo que fue una de las primera fábricas metalúrgicas de España, a principios del siglo XVIII, la Real Fábrica de Hoja de Lata de San Miguel, cuyo combustible se generó a partir del carboneo de miles de hectáreas que, aún hoy, muestran las huellas de aquella destrucción. El río camina desde aquí con dirección a poniente, flanqueado por choperas y saucedas, bastante encajado salvo cuando encontramos una terraza cultivada. Por su parte las laderas se cubren con la densa floresta del quejigal y alcornocal, y desde luego por los brillos del castañar y su cambiante apariencia: respuntes de vida y trama en primavera, sombra y verdor en el estío, crisol en otoño, indigencia y bruma en invierno.

El más hermoso agroecosistema del Havaral (de la tribu beréber *Hawwara*) lo podemos fijar en el travertino de Balastar (Faraján).⁹ Este espacio se organizó a partir de una gran plataforma, donde los terrazgos, microexplotaciones casi siempre, reciben por derivación las aguas de una acequia principal proveniente del nacimiento, el Charco, mientras el sobrante se precipita por una generosa cascada de 25 metros de altura, que presta frescor, humedad y sonido. Además, aprovechando las tobas y los desniveles, los campesinos han dispuesto pequeños banales, algunos de ellos colmatados de antroposuelos, es decir, de tierra llevada allí por la mano del hombre en una labor muy difícil, constante y esmerada. Este maravilloso conjunto no careció de algún molino, y su estructura se extiende valle abajo, con otra caída similar, hasta desembocar en el Genal. En él, todos los valores y toda ingeniería sensorial del viejo *yanna* musulmán: un paraíso en la tierra concebido a partir del agua, donde los frutales conviven con el huerto, incluso con las flores plantadas exprofeso en el margen de las paratas, y junto a ese beneficio, el perfume de la tierra regada, del azahar cuando toca, de las cercanas tramas y del monte en plenitud, bajo el sempiterno sonido del agua.

Aguas abajo de Alpandeire, el Genal recibe al Gorgote, nacido de las copiosas surgencias del sistema del Oreganal, y gira en ángulo recto hacia el sur. Es el tramo más

⁸ Se trata de un fenómeno muy común entre los fondos de vaguada y las laderas: la irradiación nocturna y la deficiente exposición durante el día propician las heladas en los fondos de valle, mientras que en las laderas la temperatura es superior y, por tanto, existe un menor riesgo de helada.

⁹ Los travertinos son pequeñas llanadas, a modo de escalones, producto de la acumulación de caliza en forma de diques, compactados con restos orgánicos fosilizados a partir de fuentes cercanas, aguas arriba. Esos diques son cubiertos luego con una sedimentación de materiales producto de la disolución carbonática, que colmatan en forma de terrazas. De modo que disponemos aquí de dos elementos esenciales para conformar espacios irrigados: tierra fértil, llana, bien expuesta y de acceso relativamente fácil, y agua suficiente para irrigar.

puro y más hermoso para el recorrido, difícil a no ser que accedamos desde las pistas que llegan hasta las viejas explotaciones. En este sector, las huellas de los viejos caseríos, de los azudes, caces y soscaes¹⁰, terrazas devoradas por el monte, paredes cubiertas de maleza donde no es raro hallar una piedra que molió el laborioso trigo y el tesoro de los añosos lechines de las laderas, alguna prensa, rodeznos y saetillos de quejigo, testigos de una vida difícil, siempre al socaire de los vaivenes del río.

El paisaje se resuelve en una sombría selva, entreverada por la luz que penetra en haces lumínicos hasta donde el tupido bosque de ribera lo permite: la vegetación potencial fue la serie de una aliseda (*Arisaro proboscidei-Alneto glutinosae*) de la que quedan algunos notables retazos entre las orillas de Benalauría-Algatocín, y en las de Jubrique, y Genalguacil-Benarrabá. Hoy dominan las choperas (*Crataego brevispinae-Populetum albae*) y saucedas (*Equiseto telmataeia-Saliceto pedicellatae*), con su intrincada silva de higrofitos y helechos. El agua reptaba callada y oculta, apenas patente cuando alguna gran roca se interpone, abriéndose entonces en recodos con escondidas charcas, a modo de mínimos lagos para el baño o la contemplación serena, con pequeñas playas de arenas y cantos rodados: allí, los mármoles y cuarcitas con cristales que parecen aprisionar la luz, filitas y esquistos grisáceos, gneises de indescifrables diseños, incluso pardas y verdosas peridotitas de suave tacto e insólitos brillos. Reinan sobre ese pedregal la adelfa con la zarzamora (*Rubo ulmifolii-Nerietum oleander*), y es grato ver entre ese universo de piedrecillas los tallos enhiestos de los equisetos (*Equisetum telmateia*). Si nos adentramos en las paredes casi verticales, el puntillismo malva de la flor de la viuda (*Trachelium coeruleum*), o la aparición de helechos, *Athyrium-filix foemina*, *Pteris vittata* y *Dryopteris affinis*, junto a los rezumaderos.

Es este un mundo de sombras y suaves reflejos, de infatigables flores, de tornasoles en brisa como mariposas cuyos élitros nunca se aquietan, de olores intensos a mastrantos y junceas, de trinos y vuelos, de aguas que, de tan ocultas, apenas muestran sus dulces sonidos y fugaces brillos, confortando al caminante con su milagro de vida bajo el hendido valle, que trepa bruscamente hacia arriba escoltado por el alcornocal-quejigal que habita las ásperas vertientes. Cuando acecha el otoño y vuelven las lluvias, este tramo se enjoya con el crisol de las alamedas, bajo las que recrece el río sus aguas que bajan raudas por los frecuentes colectores. Y cuando alcanza el invierno, lo que fue aire ensombrecido, tórnase en indigencia gris, en pálida luz y cauce embravecido, a la espera del renacer del mundo, así que el sol vuelva a invadir aquellas hondonadas.

Después de este trayecto, el Genal se ensancha por entre las areniscas, dejando atrás las moles calcáreas de Bermeja y Crestellina, y los cerros del Hacho, bajo el que Gaucín, encastillado en su nido, parece contemplar el esperado final de tan hermoso río, frente al azul que ya se divisa, tras la unión definitiva con su hermano mayor Guadiaro.

¹⁰ Azud o azuda: presa efímera, realizada con elementos naturales. Caz: acequia. Soscaz: en molinería, aliviadero de agua.

2.- Los ríos de sierra Bermeja.

Situada al suroeste de la provincia de Málaga, Sierra Bermeja pertenece a la zona interna de las Béticas, y se extiende, stricto sensu, desde el puerto de Los Guardas, al norte del pueblo de Casares, hasta las inmediaciones del monte Cascajares (Igualeja), formando un murallón de unos 25 Km, que sirve de límite al Valle del Genal con la costa occidental malagueña.

Se trata de una intrusión magmática¹¹ inscrita en el Manto Alpujárride, que reaparece en la Sierra Palmitera, en forma de otro espolón que enlaza con el anterior en dirección S-SE, y que constituye el interfluvio de los ríos Guadalmina y Guadaiza. La intrusión aflora al este con dos nuevos episodios: la Sierra Real, al norte de Istán, y la de Alpujata, al este de Ojén. Por último, las peridotitas aparecen de nuevo en algunos afloramientos aledaños al Valle del Guadalhorce. En general, el paisaje presenta espectaculares vallonadas que se abren como abanicos hacia el Mediterráneo y hacia el Genal, constituyendo una sucesión de lomas, algo masivas en las alturas, pero con profundos barrancos cuajados de arboledas, o de matorral en las laderas asoladas por los incendios. El paisaje no presenta un aspecto desprovisto de vida como pudiera deducirse de la estructura y composición del roquedo; antes bien, se halla poblado por una cubierta vegetal adaptada a las exigentes condiciones, con extensos bosques de pinos negrales (*Pino pinastri-Querceto cocciferae*), con coscoja, madroños, jarales y aulagares, y de numerosos relictos y especies endémicas de extremada fragilidad ecológica, con un bello abetal de pinsapos sobre las serpentinas de Los Reales (*Bunio macucae-Abieteto pinsapionis*), único en el planeta sobre este substrato. Además, en las orlas gneísicas se han instalado recientemente bosques plagioclimácicos de pinos insignes (*Pinus radiata*) y de castaños.

Sobre estas abarrancadas laderas se instalan los ríos que bajan desde los amplios conos de recepción de las alturas, cuyas divisorias dibujan muy bien esos perfiles acusados que constituyen los afilados interfluvios: las corrientes, numerosas como en las rocas silíceas, por la impermeabilidad que acusa la intrusión, forman redes típicamente pinnadas, con acodamientos donde se sitúa la corriente aprovechando las líneas de falla.

Las surgencias son de poco caudal, a expensas de los huecos y diaclasas más profundas, con aguas magnésicas y ferruginosas: ello ha propiciado desde antiguo la existencia de balnearios, como los de La Corcha, en el Guadalmanza, los del Duque en la cara norte de Los Reales, y los más famosos de Tolox y Carratraca.

Los ríos a barlovento de Sierra Bermeja son cortos y de poco caudal, aunque muy torrenciales dado el desnivel extremado que acusan sus perfiles. Destacan el Padrón, Guadalmanza con 0'9 m³/s de módulo, Guadalmina, con 0'9, y el Guadaiza, con 0'7. Los tres últimos se hallan interconectados con la Cuenca del río Verde por lo que sus aguas van a parar al embalse de la Concepción, siendo los únicos ríos regulados de todo el macizo. Otros ríos menores bajan con características de rambla: Monterroso, Cala, Castor y Velerín, principalmente.

Estos pequeños ríos se encajonan, pues, entre las peridotitas y las rocas cristalinas del curso medio, y cuando aparecen los esporádicos filones de mármoles que contactan con la roca

¹¹ Es decir, un afloramiento, probablemente el mayor y mejor expuesto del mundo, de rocas magmáticas o peridotitas, provenientes de la Astenosfera, en la parte superior del Manto. Las peridotitas son en su mayor parte del subtipo lherzólítico, compuestas de metales pesados que dificultan el establecimiento de cultivos.

dominante se producen pequeñas angosturas fluviocársticas de sorprendente blancura, con rápidos, cascadas y charcas en forma de las típicas marmitas de gigante, lo que supone una sorpresa al viajero, ver entre las tierras pardas esa mancha pura carbonatada, donde el agua se aquieta en remansos y pozas casi turquesas, o se escurre veloz con su armonía sonora. El paseo por estas riberas resulta del todo gratificante, pues a la umbría que proporciona la densa vegetación del pinar, o del alcornocal termomediterráneo, se une la sensación de frescor que proporcionan el sonido y la visión del riachuelo, siempre con la gigantesca pantalla de las colinas y los altos cerros que trepan hasta las alturas. En general, estos valles son bastante solitarios, y cuanto más arriba, la sensación de paz, de calma, de pureza del aire y del campo se acrecientan, como contraste a la masificación e hipertrofia de la Costa. Por ello se hace preciso el control de estos espacios, poner un freno a la especulación, pues es sabido que, una vez saturada la primera y segunda línea del litoral, un turismo residencial de lujo se abre paso buscando precisamente esa pureza y conservación que ya no hallan más abajo. Sierra Bermeja, en ese sentido, está gravemente amenazada, de ahí la necesidad de protección integral que se solicita desde el mundo científico y conservacionista, que exige con denuedo la declaración de Parque Nacional, dada la extraordinaria riqueza geobotánica y la extrema fragilidad del medio.

El **Guadalmansa** es el río más importante de este sector, aunque su recorrido inferior no es aconsejable a causa de la destrucción de sus riberas. Recomendando soslayar este itinerario y a cambio subir hasta la cabecera, siguiendo la carretera San Pedro-Ronda, girando a la izquierda en el Puerto del Madroño por la pista que nos lleva hasta el lugar de “Las Allanadillas”.

El río tiene una longitud de unos 25 km, con casi 60 km² de cuenca. Su módulo es de 0'9 m³/s, y su aportación absoluta cercana a los 27 Hm³. Nace en las faldas al sur del Jardón, a partir de los arroyos de Ballesteros, Raijana y Majada Grande. Por el curso alto el agua se hace omnipresente en cada torrentera, con pequeños cursos y manantiales que bajan desde las cumbres, y que se deslizan casi ocultos por un gran espesor de higrofitos, un bioindicador de la gran humedad edáfica de las vertientes. La razón no es otra que la elevada pluviosidad de esta montaña, y sobre todo la influencia de los vientos de levante, que depositan en las cumbres y collados su manto neblinoso incluso en verano. Estamos ante un paisaje bravío y de lujurioso verdor, con las plantaciones de pinos insignes (*Pinus Radiata*), todo un éxito, aunque a costa de la vegetación potencial, el alcornocal, que sin embargo crece esporádicamente con ejemplares muy notables, el quejigal (*Quercus canariensis*), y el brezal y helechal, en cuyos calveros hallaremos prados de la carnívora atrapamoscas (*Drosophilum lusitanicum*), los más meridionales de Europa.

En las cumbres del Jardón se han catalogado pies de robles (*Quercus pyrenaica*), como criptoserie¹² del *Cityso triflorii-Querceto pyreanaicae*, asimilable a los hallados en el Puerto del Robledal, en el Alto Guadaiza. Además, entre estas formaciones se han plantado sobre los gneises masas nutridas de castaños, generando el espectáculo de estos bosques climácicos y plagioclimácicos¹³ que tapizan las laderas del cordal bermejense.

El Alto Guadalmansa es, pues, un inmenso y quebrado anfiteatro inscrito en la montaña bajo el azul del cielo quebrado por los perfiles del Jardón y el Canalizo, hasta el esplendente mar

¹² Es criptoserie porque apenas si se hallan algunos relictos de lo que debió ser un nutrido robledal.

¹³ Decimos climácico haciendo referencia a las formaciones potenciales que están en su climax, plenitud o perfecta conservación. Un bosque plagioclimácico es aquel que, aprovechando condiciones idóneas para su desarrollo, ha sido introducido por el hombre: así los bosques de *Pinus radiata* y las plantaciones de *Castanea sativa*.

acunado entre las últimas laderas que acodan al río. El bosque nos muestra una inmensa paleta de tonos y figuras. Aquí los pinos insignes recortando su airosa silueta en los interfluvios, allá el austero chaparral con quejigos, o un mínimo calvero verdeando con el brezal y el helechal, abajo, en las quebradas, la inmensidad de los *pinaster*, y en medio de este complejo muestrario, el latigazo anaranjado de un castañar. Todo bajo el suave velo de los Levantes desdibujando los árboles y las rocas, con su luz difusa y suave, bajo la cual viven un aire siempre en movimiento y las aguas que reptan entre zarzas e higrofitos. Una montaña esencial y abierta hacia las profundas barrancas, ahíta de vida, salvaje e indómita en plenitud y fertilidad.

Continuemos, hacia el este, por el pequeño e interesante Valle del **Guadalmina**. Justo en ese mismo trayecto de vuelta, ya abandonado el carril de tierra y camino del Puerto del Madroño, contemplemos la parte alta del valle, y su encaje sobre los interfluvios de la Palmitera, al este, con Trincheruelas (1409 m) y las Ecinetas (1437 m), y un cordal al oeste de amplias lomas que bajan más o menos escalonadas desde el cerro de Guaitará, al del Caballo y Puerto de la Mora, rondando o superando los 1000 metros de altitud, hasta descender en Monte Mayor (578 m).

El Guadalmina en su conjunto se nos manifiesta, pues, como un valle estrecho y muy accidentado, bastante longitudinal en sentido NO-SE, aunque con algunos espacios meandriformes ya cerca del pueblo de Benahavís. La bravura de sus perfiles y la dificultad para atravesar los altos puertos diseñan un espacio muy cerrado, salvo hacia el sur. Sin embargo, en el tramo medio acusa fortísimas pendientes, no tanto en la ladera derecha, casi verticales en la de La Palmitera. Pero ese aspecto tan bravío se suaviza gracias a la extraordinaria cobertera vegetal, a base de un gran y continuado bosque de coníferas (*Pinus pinaster*) con coscojas (*Quercus coccifera*) y enebros (*Juniperus oxycedrus*), y un denso aulagar-jaral (*Cistus ladanifer*, *Halimium atriplicifolium*, *Ulex baeticus*, *Phlomis purpurea*), que extiende su verdor permanente sobre los suelos pardos y rojizos. En el curso bajo, un murallón de mármoles dolomíticos se nutre de encinas, algarrobos y sabinas, con ariscos farallones y un notable cañón fluvio-kárstico en las llamadas Angosturas. En contacto con los mármoles, las rocas silíceas son el solar de series del alcornocal-quejigal termomediterráneo, que puede ser recorrido gracias a un camino que transcurre por la vieja acequia de derivación para los riegos que se instalaron en las colonias agrícolas que se fundaran en el siglo XIX. Por último, la vegetación de ribera, ahora en regeneración tras la desaparición muchos de uso del pasado, donde domina generalmente una saucedá con brezales (*Erico erigena-Salliceto pedicellatae*), los adelfares (*Erico terminalis-Nerieto oleandri*), y los brezales con juncos.

El paisaje es puro gozo para el espectador: arriba, en la cabecera, verdean los montes de los gneises con el castañar, pero aguas abajo los perfiles se estrechan y elevan progresivamente; los picachos y cerros de la Sierra Palmitera se ven desde abajo como atalayas gigantescas, altos roquedales pardo-rojizos cuajados de pinos por los que brincan torrentes en continuas cascadas. Esas aguas, visibles hasta bien entrado el verano, son el producto de la condensación y estancamiento de los ábregos y los vientos llovedores que la Palmitera concita con su orientación a Poniente. Algo más suaves son las laderas de la derecha con los horizontes más ondulados, y los arroyos bajan menos raudos, aunque igualmente hendidos en las laderas. Es este un mundo inhóspito, sin trazos de vida humana, pero de una belleza adusta y abismal.

Otro itinerario imprescindible es el del río **Guadaiza**, que puede realizarse a partir de pistas partiendo de San Pedro de Alcántara. Como en el vecino Guadalmina, sus aguas van al pantano de La Concepción, de modo que el curso bajo aparece destruido en su vegetación de ribera. No

así en sus tramos medio y alto. Los micaesquistos alpujárrides aparecen en forma de una delgada lengua, rodeada a su vez por orlas de gneises. Subiremos, pues, por un itinerario en el que el alcornocal y el quejigal (*Myrto communis-Querceto suberis* / *Quercetoso canariensis*) dominan todo el espacio bajo las lomas de las peridotitas de la Palmitera, al oeste, las Apretaderas, al sureste, y las que aforan alrededor del Abanto (1508 m), al norte.

En general, la corriente se encaja en el roquedo metamórfico donde el bosque sólo cede ante los restos de las alquerías musulmanas, los caseríos y precarios y semiabandonados cultivos del Daidín y Las Máquinas, que ocupan dos potentes conos de deyección cuaternarios.

En el río y su orillas la vida fluye sorprendentemente con una notable biodiversidad: bosque de ribera en forma de densas saucedas y brezales, con relictos de flora lauroide, como el lauredal (*Laurus nobilis*) del Daidín, y como veremos en Bornoque (río Verde), la coexistencia en las vaguadas y laderas del alcornocal-quejigal con algunos pies de *Abies pinsapo*.

Las aguas, raudas y permanentes, destilan pureza y verdor, saltando por entre los rápidos y pequeñas cascadas de los tributarios, que en las serpentinatas nutren una notable saucedada con brezos (*Erico erigena-Salicetum pedicellatae*), y más abajo la rumorosa y sombría atmósfera de las riberas, en una muestra más de la belleza de esta montaña, que sobrevive milagrosamente al exceso y desmesura de la franja litoral. Y así, la casi totalidad del valle se ciñe al verdor de unas laderas en magnífica biostasia¹⁴, que alterna los bosques de quercíneas con las formaciones de pinos negrales, alteradas en la cabecera por efecto de los incendios.

La visita a estos espacios no debe ceñirse al valle estricto, sino que, siguiendo el curso de la pista forestal, alcanzaríamos las laderas del Cerro del Duque, en la vertiente oeste del Hoyo del Bote, donde un extraordinario rodal de alcornoques y quejigos mesomediterráneos (*Teucrio baetici-Querceto suberis* / *Rusco hypophili-Querceto canariensis*) forma la soberbia guardia de corps del árbol más singular de la provincia, el Castaño Santo, pues eso parece, una criatura no de este mundo, perdida en aquellas soledades de descomunales arboledas. Más arriba, alcanzaremos el Abanto y el Puerto del Robledal, con sus relictos de *Quercus pyrenaica*, ya casi en el severo contacto, desolado y gris, de las sierras calcáreas aledañas a la Fuenfría, al otro lado de las peridotitas y los gneises que dan forma a la “Umbría de Guadaiza”.

4.- La Cuenca del río Verde.

El principal colector que surte al sur del nudo hidrográfico de la Sierra de las Nieves es **el río Verde**. Nace como Cambuyón de Vélez (750 l/s), en forma de hendida cañada al suroeste del Torrecilla, desde donde baja por fuertes desniveles con numerosos saltos y rápidos, hasta que se encalma, entre las peridotitas de Sierra Real, al sur, y las de la Sierra Parda de Tolox, al norte. Este trayecto, de gradiente muy acusado, se amansa aún más al llegar a los substratos silíceos de Albornoque,¹⁵ al este, que le aportan una serie de corrientes, generadoras de uno de los más ricos entornos del Parque Natural: sobre los nortes de los arroyos de Las Cañas, Capitán y Bornoque, se desarrolla un espléndido alcornocal mesomediterráneo, salpicado por quejigos, enebros (*Juniperus oxycedrus*) y brezos (*Erica arborea*, *Telline monspessulana*, *Calluna*

¹⁴ Es decir, biológicamente en buen estado de conservación y desarrollo; en caso contrario, hablaríamos de rexistasia, como ocurre precisamente en las laderas de Apertaderas.

¹⁵ Precisamente, Bornoque viene del árabe “burnuc”, es decir, alcornoque.

vulgaris), del que sobresalen milagrosamente los pináculos de un buen número de pinsapos. Los botánicos llaman a esta formación *Teucro baetici-Querceto suberis var. Abies pinsapo*.

Además, en las zonas de menor exposición aparecen relictos lauroides, y no es raro hallar madroñales arborescentes. Entre los sobrios colores que presentan la cercana peridotita casi desnuda, la riqueza botánica y paisajística de este espacio recrea el misterio de la tenacidad de la vida en medios tan hostiles. Allí, donde el roquedo *áspero y difícil* (Mármol y Carvajal) apenas puede soportar los rodales del pinar, Bornoque recrea en sus arboledas mediterráneas el milagro de los abetos con sus gallardas siluetas sobresaliendo entre las densas arboledas.

El río, más lento, repta sus verdores (nunca un nombre hizo tanto a honor a una corriente) bajo saucedas y adelfares, espejando su limpia hermosura en los remansos, con su cauce acrecentado tanto por los colectores que bajan de Sierra Real, como desde los citados roquedos silíceos, y a partir de las vigorosas cañadas que acuden desde Sierra Blanca. Dejando atrás los riscos de los “Cuchillos” de Sierra Canucha, hay un continuo drenaje de arroyos que han cortado a pico los mármoles y dolomías, con afiladas hendiduras casi ocultas al sol: en ellas no será raro avistar algunos pies de abeto, hijos del pinsapar que corona las umbrías de Sierra Blanca. De esos contactos nace el manantial de Arroyo Molinos, al noreste de Istán, derramándose sobre los travertinos que circundan el pueblo, el “País del Agua”, presente en las numerosas fuentes de la villa, en sus acequias centenarias, y en las honduras del Real y del Hoyo del Bote.

Finalmente, tras recorrer 35 km, el Verde llega al embalse de La Concepción con sus más de 60 Hm³ de aportación absoluta anual (el módulo es levemente superior a los 2 m³/s), apresado entre lomas por las que se asoman los caseríos de las urbanizaciones. Y así, en un postrer y generoso acto antes de su muerte en el mar, dona sus aguas esmeraldas que bajaron desde los riscos y laderas de extraños roquedos, contagiadas del permanente verdor de los pinares y de las innumerables tonalidades de los bosques mediterráneos que acompañaron su marcha.

4.- El río Guadalhorce y sus afluentes.

En cuanto al **Guadalhorce** nos limitaremos fundamentalmente a algunos de los hitos más notables de su recorrido, y de manera especial a los paisajes de los afluentes que recibe por su derecha, provenientes de la Unidad de las Nieves y su gran acuífero carbonatado.

El río, llamado por los árabes *Wadi-l Hurs*, o río de la Guardia, es el más largo de la provincia, 166 km, aunque no el más caudaloso, 8m³ de módulo, poco más de la mitad que el Guadiaro en Buitreras. Nace en las inmediaciones de Los Alazores, en el contacto de los materiales carbonatados jurásicos de las Sierras de Gibalto y San Jorge con las margas y arcillas del Paleógeno, en el borde del potente Trías de Antequera. La huella del río se sigue fácilmente a tenor del bosque galería de chopos y sauces que lo jalona, con el horizonte cercano de los peñones calcáreos, y cerca del lapiaz donde colorea un magnífico cornicabral (*Pistacia terebinthus*). A poco que pasemos el puerto, al SE, se abre la gran depresión endorreica de Zafarraya, encastillada entre las poderosas sierras de Alhama y Tejada.

Pero volviendo a nuestro recorrido, el río recibe más abajo las aguas del irregular manantial de Villanueva del Trabuco, y atraviesa una gran lengua de yesos triásicos, donde se inscriben las aguas del interesante arroyo Marín, ya en tierras de Archidona, y luego divaga por el flysch terciario hasta alcanzar la Depresión. En este primer recorrido, el más puro del río, hallaremos de nuevo bosquetes de ribera, olmeda y saucedas con adelfares, junto a los campos cultivados y

algunas formaciones de encinar con quejigos. Al oeste, y paralelo a las Sierras de El Torcal y Abdalagís, embalsa, con el Guadalteba que acude desde Los Merinos, y con el Turón de Sierra Hidalga, los aportes que producen electricidad y proporcionan caudales a Málaga y su Hoya.

Antes de ello recorramos el curso de éste último. A partir de los contrafuertes a sotavento de las sierras Hidalga y de Los Merinos, se origina **el río de el Burgo, o Turón**, “el Río Turquesa”, por el sugerente tono de sus aguas. En ese entorno montañés y de perfiles devastados, donde sobre los collados aparece, como si se tratase de un espectro, algún pie de pinsapo, se abre el Valle de Lifa, una depresión escalonada sobre las capas rojas dominantes al E y NE, sustentada por lechos de calizas del Mesozoico, y protegido al oeste por las crestas de Las Nieves. Allí se observa un cortijo entre las forrajeras, bello modelo de los caseríos de sierra, y al este, sobre un promontorio abrupto, la sugerente torre de Lifa, dicen que romana, semiderruida pero enhiesta, como un vestigio de otras épocas en medio de aquellas soledades. Bajo ella, la depresión se halla decapitada por arroyuelos que dan lugar al río de El Burgo, al pie de un extenso terebintal (*Phyllireo latifoliae-Pistacietum terebinthus*), con labiérnagos, algún arce (*Acer monspessulanum*) y rosas (*Rosa canina*), que dibuja en el otoño una paleta de cálidos naranjas y cobres, y en primavera intensos verdes tintados de frutos.

Desde aquí, el río se abre paso por las profundas barranqueras cretácicas habitadas de pinares de Alepo, encajando su cauce que, cuando va sereno, muestra un color delicadamente turquesa, espejando esa mezcla de azul intenso y limpio del cielo serrano, los glaucos tonos del pinar y la apariencia rosada de la tierra. Tras aquel mundo solitario y vigoroso, paradigma de la sobriedad de los paisajes interiores de España, si atravesamos el Puerto de la Mujer alcanzaremos el molino de Fuensanta, con su gran manantial, una reliquia hoy conservada gracias a su conversión en área recreativa donde el agua fluye por entre la fresneda (*Fraxinus angustifolia*) que constituye su vegetación natural, con formaciones de sauces y avellanos (*Corylus avellana*), y un prado donde destacan celidonias (*Ranunculus ficaria*), narcisos (*Narcissus spp.*) y el azafrán de invierno (*Anemone coronaria*), con sus pequeñas y bellas flores moradas.

Volviendo al río, la corriente atraviesa la villa de El Burgo, maravilloso su puente romano a la salida del pueblo, y se dirige hacia Ardales. Su caminar se acompaña de añosos quejigos (*Quercus faginea*) y voluminosas encinas, fresnos, sauces y choperas, con una nutrida cohorte de trepadoras (*Smilax aspera*, *Rubus ulmifolius*) e higrofitos, además de aladiernos (*Rhamnus alaternus*), la retama loca (*Osyris alba*), etc. Más abajo, y en comunión con el arroyo de Las Doncellas que desciende de Prieta y Alcaparaín, el quejigal se manifiesta en todo su esplendor, con ejemplares vetustos y airosos, con los fresnos y los sauces (*Salix purpurea*, *S. eleagnos*, *S. atrocinera*, *S. alba*), que nos sugieren un pequeño edén tras las desoladas y semiestériles laderas por las que el río ha transcurrido, antes de entregarse a los embalses.

No podríamos soslayar, a partir de este punto, la grandiosa escenografía de Los Gaitanes. Justo bajo los pantanos, el Guadalhorce atraviesa la Sierra Subbética de Huma a través de un espectacular desfiladero, cuyas paredes de estratos verticales superan los 300 m de altitud, con anchuras de apenas unos pocos metros. Los salvajes farallones de los Tajos de Almorchón, cortados a pico en sus materiales mesozoicos, apenas dejan algún retazo de cielo. El río se acomoda abajo, saltando perezosamente entre pequeños rápidos, sin dejar de hacer su trabajo de decenas de millones de años, en un ímprobo y desmesurado esfuerzo por alcanzar la luz mediterránea, a pesar de aquella formidable barrera que él ha hendido junto con los cataclismos pretéritos que dislocaron la roca. El viento surca el cañón con su silbo inquietante, a veces

violento, y el espectáculo, que hoy podemos recorrer en su plenitud gracias al famoso Caminito del Rey, se nos abre sin obstáculo alguno: el viajero se hace aire y se hace piedra mientras contempla atónito aquel titánico escenario decorado con las luces terrosas de la arenisca, las blanquecinas de la caliza, las rosadas de las margocalizas, y las anaranjadas de las dolomías, por cuyos huecos se abren paso algunas saxifragas y rupícolas (entre ellas, la singular y frágil *Rupicapnos decipiens*), algún palmito, sabina o acebuche, o alguna intrusa encina. Y sobre ese mundo de verdes y escondidas aguas, de vientos airados bajo cielos atenuados de estrictos azules, el camino suspende el ánimo, aquí incorpóreo de pura ingravidez, a través de un itinerario pavoroso en vértigos, pleno en emociones, único en su naturaleza brava y primitiva, que al concluir almacena en nuestros ojos el recuerdo imborrable de haber asistido al más profundo y primitivo misterio del alma de esta montaña.

Tras atravesar los Gaitanes, el Guadalhorce deambula por las colinas sedimentarias post-manto (arcillas, conglomerados, margas, molasas del neógeno), recibiendo los aportes del Grande, con el Pereilas (bellos y sugerentes sus espacios irrigados a sotavento de Alpujata), luego el río Fahala, y por la izquierda el Campanillas. Escoltado por extensos terrazgos de huerta que alcanzan hasta las terrazas de los aluviones abiertos en triángulo entre las sierras de Cártama y Pizarra, finalmente alcanza el mar en un doble brazo, hoy espacio protegido.

Pero los colectores más notables vienen, como se ha dicho, del sistema carbonatado Yunquera-Las Nieves, que se originan en las laderas que miran al E y SE, dando lugar a los notables aportes del **Río Grande** y sus afluentes de la Sierra de Tolox. El nacimiento principal de este río (825 l/s de media, con caudales puntuales de más de 3000 l/s) se encuentra al SE de Yunquera, en la hondonada de Zarzalones, en el contacto de las brechas terciarias y las calizas masivas jurásicas, surtiendo de una gruta y despeñándose en espumas, drenaje natural de la inmensa sima GESM (más de mil metros), que toma sus aguas a los pies del Torrecilla,¹⁶ y que se ramifica en multitud de galerías antes de este desagüe. Por su parte, el sistema Zarzalones se extiende por multitud de galerías, con sifones considerados de los más profundos de España.

No hemos de soslayar, antes de la confluencia de otros colectores, y puestos a contemplar los milagros del agua, tanto el paisaje agrario de la Tierra de Yunquera, con sus paratas y terrazas de toba que el tesón de sus gentes ha sabido construir en tan indómita montaña, como el espacio irrigado de Jorox, un travertino anidado bajo los contrafuertes de Sierra Prieta, a expensas de un manantial (200 l/s) que surge al NE. Allí, la disposición de otros espacios similares, aunque con una mayor humanización, restos de viejos molinos, policultivos, y la introducción reciente de los aguacates. Jorox es otro de esos paraísos bajo altas sierras, un edén concebido por el agua y su entramado de pequeños azudes, albercas, acequias y terrazas.

El río Grande recibe por su derecha dos aportes más: el de **Los Caballos**, desde las peridotitas del Puerto de las Golondrinas, imprescindible asistir al espectáculo de la interesante cascada de La Regía, y el de **Los Horcajos**, que se despeña por la salvaje cañada dolomítica de Las Carnicerías, justo al pie del Torrecilla, para regar cuando se amansa los pagos de las terrazas cuaternarias de El Cañuelo. Ambos ríos atraviesan el pueblo de Tolox, y más tarde, ya unidos, alcanzan el Grande hacia las tierras de Alozaina, Guaro y Coín, surcando un amplio dédalo de colinas y llanadas hasta su desembocadura, entre feraces huertas, en tierras de Pizarra.

¹⁶ A partir de los años 70, un grupo de espeleólogos y buceadores han explorado esta conexión hasta alcanzar un desarrollo de 1.300 m. (Durán Valseo JJ. Coord.: Málaga en el Agua, IGME, CEDMA. Málaga. 2009)

5.- Los ríos de La Axarquía.

Es la Axarquía la montaña más poblada de la provincia. Situada en una gran solana, a sotavento de la Dorsal Subbética que se extiende desde Los Camarolos hasta Alhama, y bajo las imponentes sierras carbonatadas de Tejeda y Almirajara, la comarca ocupa todo el extenso pie de monte que baja al mar por las pizarras Maláguides y Alpujárrides. Estos espacios de alturas, collados y valles, salvo en la más suave orla terciaria del corredor de Colmenar-Periana, se dibujan a partir de un relieve muy compartimentado, fragmentado por numerosos interfluvios que bajan N-S, bajo los que se inscriben profundos valles de acusados gradientes y muy encajadas aguas, que se van abriendo y suavizando cuanto más cerca de la línea de costa. Pues bien, es en ese relieve donde se halla un sinnúmero de pueblos y lugares, a los que se añade una gran dispersión, consecuencia de la intensa explotación de las laderas, vid y olivar, sobre todo en el pasado, y hoy de las modernas plantaciones de frutos subtropicales. Nos centraremos en la Cuenca del Vélez, con el Guaro y el Sabar, en los barrancos del Bermuza y Almarchales, y en algunos de los colectores que fluyen más al este: Salares, Algarrobo-Sayalonga, y por fin, Chillar-Higuerón, y de la Miel.

Las fuentes del río **Vélez** surten de las sierras carbonatadas mesozoicas del Subbético Interno (Jobo, Alhama), y los mármoles Alpujárrides de Tejeda. La cuenca tiene una extensión de 610 Km², y el río transcurre 68 Km, si consideramos al Guaro como curso alto. Embalsa sus aguas en La Viñuela y desemboca finalmente en un amplio delta, donde complejos mosaicos de naves, invernaderos, casas dispersas y cultivos subtropicales ocupan casi todo el espacio.

Bajo los macizos carbonatados se abre el extenso flysch de margocalizas, arcillas, margas y conglomerados miocénicos del corredor de Colmenar, por donde fluyen el **Benamargosa**, que despliega su amplísimo valle hacia el sur, y a levante, el **Sabar** y el **Guaro**, que bajan desde sus nacimientos en los contactos de las calizas con los materiales impermeables del flysch. Estos dos afluentes semejan en cuanto a su recorrido, perfil, hidrometría y composición de sus riberas: nacidos de la infiltración por los sumideros del polje de Zafarraya, a sotavento de la Sierra de Alhama, sus aguas son reflejo de la precipitación, hecho bien visible en el río Guaro, cuyo manantial, bajo el imponente cerro de Machamona, resulta espectacular en épocas húmedas. El Sabar es más regular, y su curso alto nos lleva por un transcurso de pequeños rápidos, pozas y remansos donde murmura más que suena un agua somera y limpia, escondida entre una notable vegetación a base de chopos (*Populus nigra*), sauces e higrofitos. El Guaro, desde la misma surgencia, se desliza por un amable ámbito de pequeños huertos donde proliferan los frutales de hueso y algún pequeño naranjal casi escondido a los fríos serranos, que alternan con algunos retazos de la olmeda (*Ulmus minor*). Cuando ambas corrientes se unen, ya sobre el flysch, el cauce hiende los materiales blandos abriendo una amplia vaguada.

El paisaje de estos tres valles, muy humanizado, presenta toda una paleta de colores terrosos, pardo- anaranjado, rojizo, amarillo tenue, a los que es grato el almendro, y sobre los que forma en apretadas filas un magnífico olivar. Por entre los taludes, uno puede apreciar el honorable porte de los viejos ejemplares, de tronco grueso, a veces doble, y generoso ramaje que contiene toda la esencia y sagrado elixir de la oliva, hijos tanto de los usos ancestrales, como de la conjunción de tierra esencial, de pocas lluvias, de luces intensas y noches serenas. Y donde

quiera que aparezca un arroyuelo, una fuente, pegujales de frutos, melocotoneros, nísperos, caquis, y de huerta, en mínimos espacios con mínimas casitas desperdigadas por doquier.

Los pueblos aparecen enriscados, Colmenar, y desde luego Comares, que parece dominar desde su alto roquedo, blanco y airoso, todo aquel entorno, o un tanto sumidos en alguna vaguada, como Riogordo, o posados suavemente en laderas o pequeños collados, como se manifiesta Periana. Mientras, en lo más profundo de aquel ámbito, las corrientes bajan de manera tranquila, flanqueadas siempre por la bizarra silueta de las choperas, y al norte, sumidos en nieblas y viento, se yerguen los peñones del Jobo y las cresterías de Alhama, como murallas y bastiones que protegen la apacible existencia de aquella tierra. Desde Periana, el anchuroso valle se abre hacia el sur esquistoso del Maláguide, donde ya se atisba el brillo del mar y se encharca el río en La Viñuela, tras el cual el Vélez recibe las aguas del Benamargosa.

Pero esta cuenca no se entendería sin los aportes que le vienen por su izquierda. La Sierra de Alhama casi se funde con Tejeda a partir del "Boquete" de Zafarraya, una cluse¹⁷ que da paso a la depresión endorreica del mismo nombre, un gran polje, el mayor de la península, que fue el paso natural entre Granada y Málaga en tiempos nazaríes, hoy solar de un excelente campo de cultivos en secano y regadío, un tapiz fértil rodeado siempre por la sempiterna montaña, un gigantesco y aparentemente solitario espacio, como si fuese el gran adarve de un soberbio sistema amurallado. Este polje, cuya única corriente es el arroyo de la Madre, drena sus aguas subterráneas en dos direcciones: hacia la depresión de Loja, traspasís de Sierra Gorda, y hacia la Axarquía Alta, como se ha dicho. Y de esos drenajes y de los que resultan del acuífero de Tejeda, surten los ríos del Alcázar, Alcaucín, Bermuza y Almarchales.

La subida al elevado puerto se hace por el amplio valle del **Alcaucín**, que se despeña literalmente por barraqueras casi verticales desde las alturas occidentales de Sierra Tejeda, dejando blanquear los interfluvios cortados a pico por entre las tupidas masas de pinos negrales (*Pinus pinaster*) autóctonos, y las de carrasco (*Pinus halepensis*) de las repoblaciones. Allí arriba, a más de dos mil metros de altitud, entre neblinas o las frecuentes nieves invernales, se atisba la roca somera, donde dominan las formaciones oromediterráneas del piornal, gramíneas higrófilas y cárices, y más abajo unos pocos tejos sobrevivientes (*Taxus baccata*), como el ejemplar de el Cañuelo, que dan nombre a la sierra. Luego comienzan a aparecer algún arce (*Acer opalus*, *subsp. granatensis*), sabinas rastreras (*Juniperus sabina*), enebros (*Juniperus oxycedrus*), melojos (*Quercus pyrenaica*), y algún quejigo o alcornoque.

Al este se recuesta el pueblo, con su silueta blanca y alargada bajo aquella atormentada orografía, en contraste con las apacibles colinas que acabamos de recorrer. Ríos y arroyuelos bajan aquí con violencia, efímeros como un golpe airado y casi fugaz, hijos de las lluvias torrenciales que irrumpen si soplan los vientos llovedores. Abajo se amansan y diseñan un valle más abierto y sereno, que deambula por los materiales cristalinos del Alpujárride entre huertos y laderas cubiertas por el sempiterno olivar y los restos de lo que fue viñado.

Justo después del vaso de La Viñuela los perfiles del valle se encajan en los materiales pizarrosos. Allí aportan el **Bermuza** y el **Almarchales**, atravesando los duros mármoles de sus cabeceras, en las laderas al sur de La Maroma, en este caso Canillas de Aceituno, cuyo nombre hace referencia de nuevo al olivar, pero también al agua, omnipresente y domesticada en los difíciles campos que bajan hasta el río Bermuza, al NW, y el Almarchales, es decir, "de los

¹⁷ Hendidura transversal a un anticlinal, producida por una corriente, típica del relieve jurásico.

prados", en nueva referencia a la fertilidad. ¡Qué distinto paisaje el de estos vergeles escalonados que contemplaron las arboledas de los policultivos andalusíes y ahora los introducidos subtropicales, exóticos hoy como en su tiempo lo fueron el granado o el almez, al suave y evocador del flysch, o al ingrato secarral al oeste de los Montes de Málaga! La abundancia de aguas y la benignidad del clima propician estos sistemas irrigados a media y baja ladera, un activo de riqueza centenaria, que además han supuesto la estabilidad de las vertientes y un freno a los procesos erosivos de los secanos.

El Bermuza acusa menor pendiente y dibuja un valle algo menos abrupto, con varios nacimientos en su curso, como el de la Fájara, y se desliza entre pozas, rápidos y acequias, con restos de molinería; luego riega las vertientes hasta su confluencia con el Alcaucín.

La corriente del Almarchares, o Rahige, al SE-S de Canillas, desciende por el contrario mediante un gran desnivel, excavando su violenta caída desde los mármoles, con hendiduras que son casi desfiladeros, con pequeños saltos y chorreras, y los siempre ubicuos adelfares y los carrizales habitando entre las pozas. Existe una acequia de derivación llamada de "El Saltillo" por encima del pueblo, inscrita o excavada en las paredes casi verticales hasta desembocar en un albercón: nunca el agua fue llevada con mayor dificultad y esmero para alcanzar las sedientas laderas del pueblo, donde se han dispuesto bancales y terrazas, que se regaron desde siempre con exquisito cumplimiento de los turnos y tandas. Es grato ver entre las paredes de la acequia el estallido en flores de la adelfa, y a los pies mismos del agua, el culantrillo (*Adiantum capillum venere*) y otros helechos como el *Dryopteris affinis*.

Por los cursos medio y bajo la corriente transcurre profunda sobre las filitas y esquistos Alpujárrides, y se hace acompañar por una tupida vegetación de chopos negros y sauces. El valle presenta aquí clara disimetría: a la derecha un talud que permite cultivos en las terrazas, a la izquierda una pared de alto gradiente, con matorral silicícola y alguna tesela de viñedo.

Tras el interfluvio, nuestro camino prosigue hacia las vertientes de los ríos **Salares** y **De la Fuente**, caracterizados por el común origen de sus cabeceras entre Tejeda y Almirajara, desde donde bajan para encajarse en los esquistos. Aquí los campesinos han diseñado un entramado de acequias y bancales, o balates como los llaman, que son un compendio bellamente dispuesto de todos los árboles imaginables: cítricos, nísperos, caquis, granados, ciruelos, serbos, albaricoques, algún nogal, aunque los frutos llegados de América se hicieron patentes desde el siglo XVIII y crearon las condiciones para la diversificación de la dieta y el autoconsumo, siempre sobre las paratas, mientras en las orillas surge a veces la silueta familiar de algún chopo escoltado por las adelfas. Estos cultivos se instalan, pues, en las proximidades de los pequeños pueblos, como Sedella y Salares, cuyos caminos del agua resisten a los nuevos usos. Destaquemos la austera belleza de Salares, que alza su casto caserío, un laberinto de cal silenciosa dominado por la torre mudéjar del siglo XIII, digno colofón a tan sobria hermosura. El pueblo se encastra entre los barrancos esquistosos, poblados de encinas, con sendos valles tupidos de chopos y de una enmarañada sauceda, hasta alcanzar la vega baja, una pequeña colada aluvial, cultivada hasta la extenuación. Sobre el barranco del Salares, el magnífico puente medieval, tal vez de origen romano, que no parece conducir en nuestros días a ninguna parte, pero que quizás reivindique únicamente la función de haber sido testigo permanente de antiguos trasiegos de hombres y de aguas.

Siguiendo hacia el este, tras coronar un nuevo interfluvio, accedemos al valle del **Algarrobo**, cuyo curso superior se denomina **Turbilla**. Arriba, bajo Almirajara, blanquea Cómpea, mientras

Canillas de Albaida se instala entre bancales y acequias, y los pegujales de vetustos olivos y viñedos imposibles. Pero, sobre todo ¡cómo reluce, haciendo honor a su nomenclatura de puro albayalde! Allí, el cauce va ganando en pureza hasta alcanzar el límite mismo de los esquistos (más de 1700 m). A esa altura, el lugar denominado como Chaparral da justo nombre a una abundante formación de alcornocos, quejigos, castaños y algún roble.

El camino serpentea hasta Árchez, el pueblito de la sugerente torre-alminar que plantaron los mudéjares. Junto al río, abundante, presuroso, y enriquecido de olmedas y saucedas, Árchez surge de casi las mismas paredes de los bancales. Sus acequias son numerosas, y de entramado complejo: la más alta, la de Canillas, y algo más abajo la del arroyo Cómpea, mientras en la margen derecha corren la “Altera” y la “Bajera”, y por fin, la llamada de “La Vega”. Un viejo molino, con un enorme soscaz, nos recuerda viejos usos y la preminencia entonces del olivar.

Más abajo, Sayalonga mira desde su atalaya hacia el hendido valle, poblado de nísperos (*Eryobotria japonica*), con su cementerio redondo que es metáfora de la muerte y la resurrección de las criaturas, del ciclo de la transformación de la materia, nunca de su destrucción. La profunda hondonada presenta río abajo una geomorfología muy quebrada, con pendientes acusadas sobre las que numerosas paratas sostienen los cultivos de manera milagrosa, como nidos de piedra suspendidos sobre el barranco. La oscuridad de los esquistos Alpujárrides me hace recordar el paisaje tantas veces repetido en las laderas basálticas abancaladas de las islas occidentales de Canarias, con esa suerte de contraste entre la adusta tonalidad de la piedra pura y el alegre verdor del cultivo.

Finalmente, los ríos **Higuerón** y **Chillar**. Ambos bajan desde las altas sierras de Cómpea, a más de 1600 m, y ambos acuchillan los mármoles, en una sucesión de pequeños y angostos cañones, o “Cahorros”, por donde el agua salta y se hace espuma blanca y purísima, descansando de su ajetreo así que el fondo de vaguada ceda en su pendiente. Las escarpadas y pétreas orillas apenas permiten el crecimiento de algunas junceas, o de unos pocos sauces, aunque sí del adelfar y tarajal, mientras los pinos carrascos y piñoneros enseñorean las cercanas laderas. Los cursos bajos se encuentran casi siempre secos, pero viniendo como vienen de la nieve o de las aguas que pueblan La Almirajá, ambas corrientes participan de un único destino: nacen para inscribirse en la blancura de los mármoles, con sus pozas turquesas y sus brincos alegres, y mueren al alcanzar los cálidos y luminosos horizontes de sus valles bajos, donde generan un gigantesco vergel de plantaciones subtropicales que se derrama prácticamente hasta el mar, salpicado por el entramado, a todas luces excesivo, de cientos de casas y residencias, situadas por doquier. Allí también las aguas de los ágiles arroyuelos que mueren sobre los conglomerados y travertinos de la plataforma costera. Sobre el Barranco de Maro, el Acueducto del Águila eleva su majestuosa arquitectura del XIX, que aún conduce agua a los campos sobre sus cuatro cuerpos de elegantes arcadas, y por fin, el río de la **Miel**, la última de las corrientes malagueñas antes de alcanzar tierras granadinas, un postrer alarde de salvaje escorrentía que quiebra los bravos cantiles de mármoles y esquistos.

Bello final para tan presurosas y fugaces aguas. Allí, Frigiliana, uno de los más hermosos pueblos del Mediterráneo, esplende desde su atalaya con sus paredes de cal perpetua en calles que son caminos escalonados hacia el cielo, al tiempo que se oculta en silenciosos adarves de verde o azulada sombra. Por su parte, Nerja y Maro se asoman a la mar, escondiendo el tesoro de su agua antigua y misteriosa, ahora hecha piedra en lo profundo, o susurrando las nuevas y

virginales en manantiales que surgen por los rotos perfiles de su acantilado, mientras bañan sus blancos pies en las recónditas playas que propiciaron los sueños de la niñez.

CARTOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Para la confección de este trabajo hemos consultado las hojas de los Mapas Geológicos de España 1/50.000 (IGME), correspondientes a Ronda, Cortes de la Frontera, Marbella, Estepona, Álora, Colmenar, Ardales, Archidona, Zafarraya, Vélez-Málaga. Así como los correspondiente topográficos del Servicio Geográfico del ejército, y el Mapa Provincia, E. 1/200000, del MOPT. Imprescindible el Atlas Hidrogeológico de la Provincia de Málaga (Diputación Provincial. 1988), en su versión actualizada.

Para los aspectos geológicos, además de las correspondientes memorias de las hojas citadas, nos ha resultado de gran utilidad *Geología de la Provincia de Málaga*, de **F. Serrano y A. Guerra** (CEDMA, Málaga, 2009) y la sección de Geología, a cargo de **Gerardo Sierra**, en el libro *La Serranía de Ronda*, AA. VV. (F. Cultural Banesto. Madrid, 1994).

Para comprender parte de estos paisajes, los libros de **María Luisa Gómez Moreno**, *La montaña malagueña. Estudio ambiental y evolución de su paisaje*, (CEDMA, 1989), **José Gómez Zotano**, *Naturaleza y paisaje en la Costa del Sol Occidental* (CEDMA, 2006), *El Valle del Genal: paisajes, usos y formas de vida campesina*, (CEDMA, 2002), *Tres viajes románticos por la Serranía de Ronda*, (Ronda, 2008), y *Yo, el Genal, viaje y autobiografía del río Jardín*, (Proteo, Málaga, 2003), de **José A. Castillo Rodríguez**, y de este mismo autor, “Por el corazón de las Sierras Bermejas”, y “El País del Agua”, en *Jábega* (2011-2016).

De AA.VV, y editados por el CEDER Axarquía, *Por la Dorsal Bética*, y *Por los montes de la Axarquía*, (2007).

Sobre los aspectos hidrológicos el clásico de **Masach Alavedra**, (1954), *Hidrología*, en Geografía de España y Portugal (Dir: M. Terán) y (1948) *El régimen de los ríos peninsulares*. De **Juan Mateu Belles** (1988). *Hidrología*, en: Geografía General. (Ed. Bielza de Ory). De **María E. Martín-Vivaldi**, (1991), *Estudio Hidrográfico de la Cuenca Sur de España*. Y de **Arenillas Parra/ Sáenz Ridruejo**, (1995), *Los ríos*, en Guía física de España (Tomo 3). Fundamental la extensa obra en libros y revistas especializadas de **José M^a Senciales González** sobre aspectos geomorfológicos, hidrológicos e hidrométricos, y de los procesos erosivos en la provincia de Málaga, y en particular sus numerosos estudios sobre la cuenca del Vélez.

A. Pulido Pastor y María Luisa Gómez Moreno son responsables del capítulo “Los Territorios del Agua: Axarquía y Montes de Málaga”. De esos mismos autores y **José A. Castillo Rodríguez**, “Sierras y valles interiores del litoral malagueño y gaditano”, en *El agua domesticada* (**Guzmán Álvarez y Navarro Cedillo**, coords. 2010). **Durán Valsero** coordinó el libro *Málaga en el agua*, editado por el IGME, en 2009. *Manantiales de Málaga*, de **Francisco Javier Catalán Monzón**, fue publicado en 2005 por el CEDMA, y *Manantiales de Andalucía* (UGR y Consejería de Medio Ambiente, 2008), coordinado por **Antonio Castillo Martín**.

En cuanto a la vegetación, algunas obras generales, a cargo de **Asensi Marfil-Díez Garretas**: Cap. de Andalucía Occidental en: *Memoria del Mapa de Vegetación de España*. (Rivas Martínez, ed.), Asensi Marfil-Díez Garretas (1987) Andalucía Occidental, en: *La Vegetación de España*. (P. Lorca y Rivas Martínez, eds.), Asensi Marfil-Díez Garretas (1985). *Guía Geobotánica de Málaga*. Por último, los profesores **Blanca, Cabezudo, Cueto, Fernández López y Morales Torres** (2009, eds. Consejería de Medio Ambiente), coordinan los cuatro volúmenes de *Flora Vascular de Andalucía Oriental*.

Para zonas puntuales se han consultado los trabajos del Dto. de Biología Vegetal de la UMA, publicados de manera generalizada en la revista *Acta Botánica Malacitana*, bajo la dirección de los profesores **Andrés V. Pérez Latorre y Baltasar Calbezudo**, respecto a la Serranía de

Ronda, Sierras de Huma, Alcaparaín, Prieta, Tejeda, etc..., y otros sobre la vegetación adaptada a las serpentinas, así como de los sectores Antequerano y Axarquense.

Mi agradecimiento a Andrés V. Pérez, Enrique Martín y Jacinto Ávila por su compañía, ayuda, sugerencias y consejos.